

Su geografía nunca cala de forma precisa con el personaje. Falla el entorno y el Gaviero se queda sin piso. Inclusive, cuando se encuentra con Alejandro Obregón, es real el Maqroll en Madrid mientras el maestro Obregón y Mutis conversan en un café. Es real la ficción sobre otra ficción, ficción el encuentro y ficción el relato (no importa que hayan sucedido o no); lo que queda claro es que Maqroll deja de existir cuando pisa el trópico.

Es como cuando de pequeños nos contaban un cuento. Había dos posibilidades, quedar convencidos, o no. El ejemplo preciso puede ser el de una historia de terror contada en la noche. Si el interlocutor lograba la macabra hazaña de hacerla veraz, nadie dormía en el cuarto de los niños. Esa noche, todos al mismo tiempo, escuchábamos pasar galopando al jinete sin cabeza. En sus novelas, Álvaro Mutis no busca que su trama sea el protagonista; es más: poco importa la historia. Busca que el estilo sea el protagonista. Como contar cada historia. Los "niveles de lectura" que hay más allá, en el conjunto de palabras leídas, en su atmósfera, en ese universo impreso que logra un buen libro. Es precisamente aquí donde falla Mutis. Maqroll, que ya es un personaje real en su poesía, carece de universo en la prosa. Aun con las descripciones minuciosas de hechos y sitios, no convence al lector. En resumidas cuentas, en su prosa realista, Mutis carece de realidad, lo que vuelve sus relatos falsos.

Decir que ojalá el poeta elocuente y sabio fuera el mismo que escribe prosa, es una suposición tonta. Hay quienes son buenos en un oficio y no en otro.

Álvaro Mutis, después de una avalancha de novelas, seis entre 1986 y 1992, y este último libro con tres relatos cortos: *Cita en Bergen*, *Razón verídica de los encuentros y complicidades de Maqroll el Gaviero con el pintor Alejandro Obregón y Jamil*, no ha logrado crear un universo propio. Lo único real es el Gaviero de su obra poética.

Mutis, el gran poeta Álvaro Mutis, tal vez el más reconocido de nuestros poetas vivos en el mundo, en su prosa no alcanza la magia que se requiere para una buena novela. Tiene todos los elementos necesarios: un personaje, Maqroll el Gaviero (Mutis cuenta en una entrevista que su nombre fue escogido después de minuciosas pesquisas, como se escogió el nombre de la firma Kodak, pone el ejemplo),

el oficio de escritor, la disciplina. (Mutis pasa muchas horas diarias dedicado a escribir en su Smith Corona), la imaginación fantástica, las memorias de una vida llena de aventuras, su pasado como poesía, el magnífico escritor de *Los elementos del desastre* de 1953, de libros en prosa como *La mansión de Araucaíma* (1973), (desafortunadamente llevado al cine por el caleño Carlos ayolo y no por Luis Buñuel, como estuvo previsto en determinado momento).

Todo está dado. Los ingredientes necesarios, como dije antes, para una buena novela. Pero Mutis no cruza la barrera de las palabras, que una tras otra describen paisajes y personajes, situaciones y aventuras, sin ir más allá de lo leído.

Álvaro Mutis no traslada al lector. Al final del libro, de este último y los seis anteriores, el lector está en el mismo punto de donde pensó partir para acompañar en una de sus aventuras al Gaviero.

Ahora que está de moda rebautizar todo y, por ejemplo, no se habla de literatura sino de novelas de ficción, las de Mutis pienso, pertenecen al género de novelas fantasmas.

JUAN SIERRA

## Cuando Bogotá terminaba en la 72

Miguel de Francisco

*Armario de solterones*

Ediciones Colcultura, Escritores colombianos en la Diáspora, Santafé de Bogotá, 1993, 117 págs.

A partir de 1993 el Instituto Colombiano de Cultura se dio a la tarea de recuperar y editar el trabajo de los escritores en el exilio. *Armario de solterones*, escrito por Miguel de Francisco, es uno de los títulos que a través de la letra impresa intenta redescubrir la nostalgia de aquellos que han abandonado su lugar de origen y han sido abandonados por él.

"Colombianos en la Diáspora" se titula la colección que reúne escritores de diversos géneros y los recupera ya dentro de su propio ámbito cultural, presentándolos como eslabones necesarios dentro

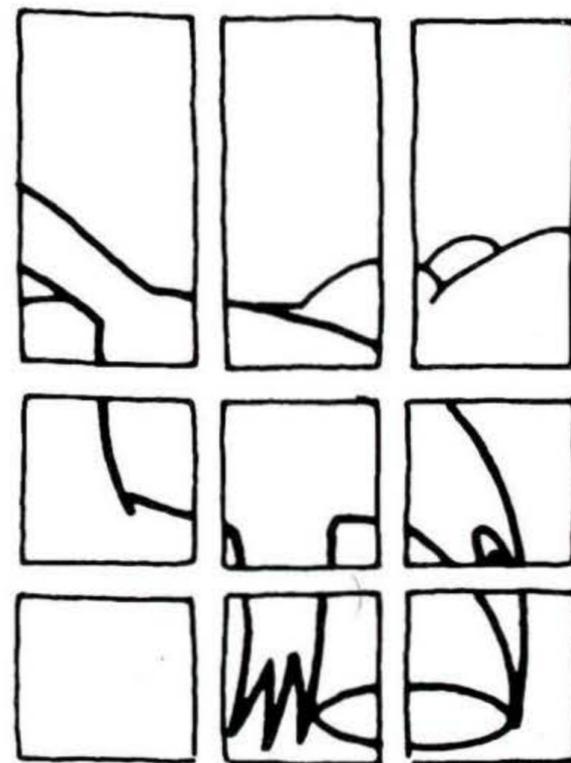
de la cadena de olvidos a la que se han sometido.

La novela transcurre en la lluviosa y fría Bogotá de los años cincuenta. Es una novela corta que narra la vida de unos cuantos solterones viejos y olvidados entre la rutina.

Don Ernesto Pulido Rosas es un corredor de bienes raíces, meticuloso, vestido con trajes de paño oscuro y zapatos relucientes, de uñas pulidas y pelo al rapé. Atiende en su oficina del centro de Bogotá pequeños negocios que le permiten vivir sin incomodarse del todo, en una pequeña pensión de solterones. Doña Betsabé Mantilla, señorita octogenaria, vive de la caridad en un oscuro y frío albergue del barrio de la Candelaria, y su vida transcurre entre el duro sobrevivir entre las ratas, la envidia de las demás viejecitas y la ilusión de vender una pequeña parcela rural, para vivir decentemente. Éstos son los personajes centrales, y sus aventuras la espina dorsal de la historia.

Entre recuerdos que a punta de ser evocados se han desdibujado, viven estos solterones, cada uno en su propio armario, intentando sin lograrlo tener cabida en el armario del siguiente.

Aparecen entonces las típicas pensiones de los años cuarenta y cincuenta de la fría y lluviosa Bogotá, mohosas, organizadas, administradas bien sea por campesinos ricos inmigrantes de la violencia, bien sea por viudas a solteronas respetables que mantienen su ruina entre la ruina ajena, con el honor en alto.



El asilo de caridad, mantenido por un cura fastasmagórico, desaparece cuando la posibilidad de negocio aparece en la

primera esquina, y las viejecitas son echadas a la calle con su asma, sus dolores, sus camándulas y sus envidias, y la casa de tres patios y celosías de madera es incendiada. Betsabé, la solterona astuta, se refugia en la pensión de una viuda abocada a la ruina, y por allí empiezan a desfilar otro sinnúmero de personajes. Inmigrantes, estudiantes, solteronas, que van llenando la pensión con sus maneras chabacanas, cerrando el círculo de dolor de la gran familia de las pensiones.

El corredor de bienes raíces, el señor Pulido Rosas, distribuye su tiempo entre negocios imaginarios y el café rutinario con sus colegas en el café central rutina que mantiene la esperanza de recibir correspondencia de Nueva York, lugar donde transcurrió su juventud, testigo de un amor, misterioso en alguna trastienda

Amor del que ya nada se sabe y se recuerda poco.

Los demonios de la soltería, la beatitud de los habitantes del Bogotá de entonces, el frío y la amenaza de una ciudad capital que empieza a crecer desmedidamente, son el sostén de esta novela y la disculpa para recrear, una época. A través de los personajes perfilados de un solo trazo, las historias paralelas son apenas una disculpa, una herramienta de narración que permite recopilar y construir con cautela un mundo que ahora parece ajeno. Esta novela no posee técnicas narrativas sorprendentes, ni giros que a la hagan novedosa; es una novela un tanto lisa, a la cual le sucede lo mismo que a los solterones: de tanto evocar los recuerdos estos se han desdibujado y lo que queda es una ilusión confusa.

JIMENA MONTAÑA CUÉLLAR

## Aprender a leer

### *Aventura de la luna traviesa*

Robinson Nájera Galvis

Gráficas Urrá, Montería, 1993, 109 págs.

### *La vendedora de claveles*

Andrés Elías Flórez Brum

Educar, Santafé de Bogotá, 1993, 86 págs.

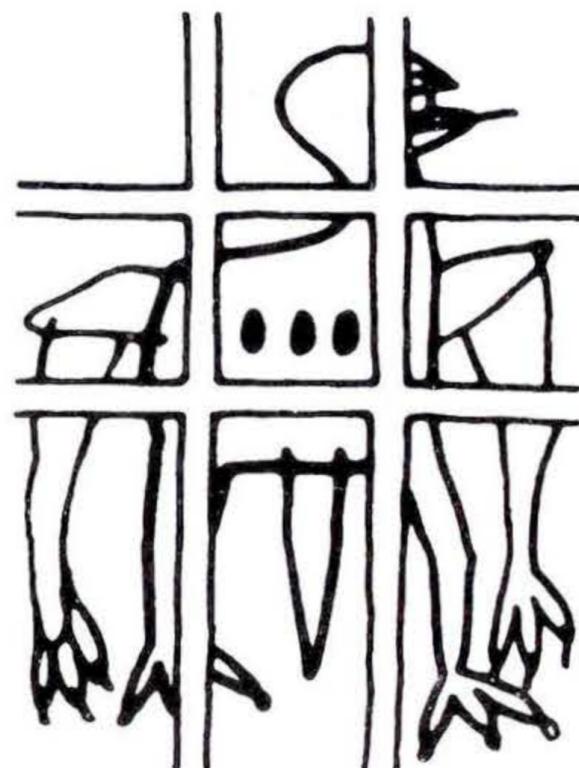
Según los resultados de las pruebas de lenguaje aplicadas por el Sistema Nacio-

nal de Evaluación, SABER, del Ministerio de Educación, los niños colombianos no saben leer. Cuando se enfrentan a un texto sólo pueden responder preguntas que tienen que ver con aspectos meramente literales. En cambio, cuando se trata de comprensión inferencial a crítica del texto, se quedan demasiado cortos! Dicho en otras palabras, los niños "repiten como loros" pero no pueden interpretar las lecturas que hacen y, por lo tanto, la calidad de su aprendizaje es mala.

Ante un panorama tan desolador como éste, nos preguntamos qué se podría hacer para que los niños y niñas de nuestro país aprendieran a leer. De sobra sabemos que la comprensión lectora es la base para poder lograr cualquier otro aprendizaje, trátase del campo del conocimiento que se trate. No es posible tener un buen desempeño en matemáticas si no entendemos los enunciados de los problemas que se nos pide que resolvamos. De igual forma, nuestro logro en ciencias sociales tampoco será satisfactorio si no accedemos a un diálogo con los autores que nos permita una reinterpretación crítica de la historia, por ejemplo. Y qué decir de la literatura (una de las pocas características que, junto con la risa, diferencia a los humanos de los animales): su disfrute sólo es posible en la medida en que logramos recorrer comprensivamente los laberintos lingüísticos a los que nos arroja. Esta enumeración podría volverse casi infinita, y la pregunta permanece: ¿Qué hacer para que los niños y niñas colombianos aprendan a leer? Quizá éste es el interrogante al que tratan de encontrar respuesta los autores de los dos textos que nos ocupan.

El primero de los textos, *Aventura de la luna traviesa*, es una colección de cuentos caracterizada por una gran profusión de imágenes, en la mayoría de los casos bastante poéticas. Sin embargo, también en la mayoría de los casos, los cuentos carecen de una trama, con puntos de tensión, que logren despertar ese interés acusado de los niños por el misterio. Por la demás, los cuentos de Robinson Nájera resumen ternura y buenos sentimientos y seguramente van a contribuir a la formación de valores humanitarios, en los educandos, tarea en la que nuestra educación colombiana también se queda corta. En el autor costeño, educador de profesión y ejercicio, se nota la preocupación por atraer a los niños hacia el mágico mundo de la literatura, y esta intención se

hace evidente en los títulos de los cuentos, tan provocativos e invitadores como el que da título a la colección. Baste poner de ejemplo tres de los títulos de estos cuentos, los cuales, así mismo, son unos de los mejor logrados: *Pasos para inventar un mar*, *Vocación de ratón* y *La niña de los dos rostros*. En lo que tiene que ver con el diseño del libro, vale la pena rescatar la tipografía, en un tamaño apto para menores de 10 años. No obstante, la diagramación y la ilustración poco tienen que ofrecer, y esto resulta preocupante en un libro dirigido a menores, el cual se ve obligado a competir con imágenes tan poderosas como las de la televisión, los juegos de video y las revistas de historietas.



*La vendedora de claveles*, novela de corte realista, segundo puesto en el concurso Enka de literatura infantil, 1989, es una propuesta interesante para acercar a los niños a dos mundos: por un lado, al fascinante mundo de la novela y, por otro, a la realidad urbana, con sus gamines que venden productos en las esquinas de los semáforos. Andrés Elías Flórez, también costeño e interesado en la enseñanza de la lecto-escritura (es coautor de libros de texto) muestra, al igual que Robinson Nájera, una aguda preocupación por motivar a los niños hacia una de las actividades más útiles y placenteras para los humanos. Tal vez la historia de la familia de la vendedora de claveles, compuesta por "dos varones, tres mujeres y un perro llamado Happy" (pág. 1), en honor del Happy Lora, resulte a ratos un poco manida, dados los lugares comunes que maneja. Sin embargo, al mismo tiempo,